

4. Domingo de Adviento A/2013

Las lecturas de este domingo último de Adviento anticipa la celebración del nacimiento de Jesús. Nos conducen a descubrir la historia humana de Jesús como anunciada por los profetas y realizada en la vida de María y José. Nos invitan en particular a reconocer a Jesús como el hijo del hombre y el hijo de Dios, el salvador del mundo.

La primera lectura de Isaías describe lo que pasó en Israel cuando Ajaz era Rey. Muestra que cuando Isaías le presionó para pedir una señal para la protección del país, prefirió no hacerlo porque tenía miedo de tentar a Dios. Muestra igualmente que por qué no lo pidió, Dios mismo decidió darle una señal a través de una virgen que acababa de dar a luz a un niño rey cuyo nombre era Emmanuel.

Lo que este texto nos enseña es que Dios ayuda a los seres humanos cuando están en dificultades. Otra idea que tenemos es que los seres humanos no pueden resolver solos todos los problemas que tienen. Mientras la solución de unos depende de su esfuerzo y capacidad, los otros dependen de la ayuda de Dios. La última idea nos recuerda que para el buen entendimiento de una profecía debe tenerse en cuenta la importancia de la perspectiva histórica que muda la luz en la historia de la salvación que incluye el destino de todo el mundo.

Este texto nos ayuda a entender mejor el Evangelio de hoy que relata la historia del nacimiento de Jesús. De hecho, el Evangelio comienza con la historia del compromiso entre José y María, la madre de Jesús. Dice que antes de que vivieran juntos, María estaba esperando un hijo. Por eso, José pensó dejarla en secreto. Pero instruido por el ángel, José conservó a su esposa. El Evangelio muestra también que, según la recomendación del ángel, José tuvo que dar el nombre de Emmanuel al bebé.

¿Qué aprendemos de este Evangelio? Hoy quiero hablar de la identidad de Jesús. De hecho, cada uno de nosotros tiene una historia personal. Conocer la historia de una persona es comprender a esta persona, descubrir su identidad, mudar la luz en su vida y tomar lo que lo hace único. Además, si no conocemos los acontecimientos que han cruzado la vida de alguien y han contribuido a sus convicciones de vida, no podemos conocerla correctamente.

Además, la historia personal sería incomprensible e incompleta si no se refiere también a la historia de nuestros padres, quienes nos han dado la vida. Nuestra historia personal, en efecto, está arraigada en la historia de nuestros padres que nos han dado a luz. En este sentido, la historia de nuestros padres muda la luz en la unicidad de nuestra propia personalidad y explica en gran medida en quién somos hoy.

Este simple, pero verdadera realidad que podemos decir para cada uno de nosotros puede ser confirmada también a cuenta de la vida de Jesús. De hecho, el Evangelio dice que antes de que sus padres vivieran juntos, María fue hallada con un niño por obra del Espíritu Santo.

La mención de este incidente nos instruye bastante en la identidad de Jesús. De hecho, Jesús es una persona particular; no es un hijo como alguno otro, pero único. No fue concebido por la voluntad de un hombre, sino de Dios. En esta perspectiva, Jesús es hijo de hombre por su relación a José, pero es también el hijo de Dios por el poder del Espíritu Santo.

Si esto es cierto, significa que en esta persona, Jesucristo, Dios está presente de un modo único. Cuando Jesús habla, es Dios quien habla al mundo y comunica su voluntad y sus deseos más profundos. Significa también que los que escuchan a Jesús y lo siguen, escuchan y siguen a Dios que actúa a través de él. Este es un misterio grande que vamos a celebrar en la fiesta del nacimiento.

Esto es ya obvio a través del nombre que el ángel propuso para dar al bebé. Lo llamarán Jesús, él dijo, porque salvará a su pueblo de sus pecados. En este sentido, Jesús es destinado a la salvación del mundo, porque a través de él nuestros pecados serán perdonados y la paz entre Dios y nosotros, y entre nosotros y los semejantes será restaurada. Además, el nombre "Emmanuel" que le será dado nos instruye bastante en que en Jesucristo, Dios está con nosotros. En él, Dios está más cercano a nosotros que nunca antes. Está con nosotros en nuestras esperanzas y nuestras luchas, en nuestras alegrías y nuestras penas, compartiendo con nosotros cada momento de nuestra vida y nuestro destino.

El Evangelio dice también que cuando el ángel aconsejó a José de guardar a María, lo hizo sin problema. De esta manera, mostró su fidelidad a Dios y el valor de su fe.

Este rasgo de la vida de José y María estará presente también en la vida de Jesús. En efecto, es verdad que a donde Dios llega, la gente está en problemas, en el sentido de que Dios trae su visión de las cosas que no es humana. Pero, es también verdad que donde la gente tiene problemas, cuando Dios llega, la tragedia humana se hace triunfo.

Esto es lo que pasó a María. De hecho, las condiciones normales de un matrimonio no se realizaron y aún así se encontró con un bebé por el poder de Dios. La Ley de Moisés recomendaba que en tal caso, la mujer tendría que ser asesinada y aún Dios la conservó, porque José actuó como si fuera realmente el Padre de su hijo. Este elemento de la obediencia a Dios será presente en toda la vida de Jesús. Será obediente hasta la muerte en la cruz. Pero, a causa de su obediencia, Dios le resucitará de entre los muertos.

Como entramos en este tiempo de la Navidad, confiamos con María y José en la palabra de Dios y obedecemos haciendo su voluntad en nuestra vida. Abrimos nuestros corazones a Jesús que viene a nuestro encuentro en la fiesta de la Navidad. ¡Que Dios los bendiga todos!

Isaías 7, 10-14; Romanos 1, 1-7; Mateo 1, 18-24



Fecha de la Homilía: el 22 de Diciembre 2013

© 2013 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20131222homilia.pdf